

Viva la discrepancia

Rolando Cordera Campos

Gracias a los organizadores por honrarme con su invitación para participar en esta mesa del homenaje a un universitario ejemplar en el centenario de su nacimiento. Nos hemos reunido, convocados por Siglo XXI Editores, la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería y la UNAM, en un espacio que seguramente le fue entrañable, para recordar a don Javier Barros Sierra, ingeniero mexicano notable y pionero de una profesión emblemática de la lucha de los mexicanos por el desarrollo y la justicia social.

Un rector magnífico de nuestra Universidad Nacional recordado y apreciado, respetado por los universitarios y amplios grupos de mexicanos que en 1968 descubrieron el valor de la ciudadanía y se convencieron de que, como dijo Miguel Eduardo Valle en su inolvidable discurso en el Zócalo, y Gilberto Guevara intitulara su invaluable memoria, “la libertad nunca se olvida”.

El motivo inmediato de este encuentro es el de glorificar y recordar un importante trabajo testimonial resultante de una conversación del ingeniero Barros Sierra con su colaborador y destacado historiador de las ideas Gastón García Cantú. Es la lectura, en mi caso relectura, de estos recuerdos reflexivos, la que inspira esta comunicación.¹

Me gustaría, para empezar, citar unas líneas de la carta en la que, poco antes de concluir su periodo como rector, cuatro destacados participantes en el movimiento de 1968 (Luis González de Alba, Eduardo Valle Espinosa, Salvador Martínez Della Roca y Gilberto Guevara Niebla) le hacían saber que:

Por muy distintos caminos, y aunque algunos hayan iniciado el recorrido más temprano, los hombres se encuentran en un punto común, en un cruce de caminos: la rec-

titud [...] ahora los jóvenes sabemos que para serlo no basta tener 20 años; sino también, muchas de las cualidades que caracterizan al rector de 1968 [...] usted nuevamente viene a confirmarnos que no todo es sumisión ni alabanzas ante los poderosos [...] con su labor en la Rectoría termina un periodo que tuvo para todos una importancia que aún no podemos apreciar [...] en el recuerdo y en el afecto, se cierra un capítulo y se abre otro.²

Cierres de periodos, arcón de tiempo, breve pero intenso, quizá vital. “Usted llegó a la Universidad —le interroga García Cantú— cuando nuestra casa de estudios padecía uno de sus más graves conflictos internos y usted salió de la Universidad cuando se había terminado un conflicto externo; en ese proceso y en la expresión de los jóvenes, ¿advirtió usted que todos sus afanes [...] y por qué no decirlo, las alegrías como rector habían tenido cumplimiento y un sitio muy digno?”.

A lo que el ingeniero responde: “no obstante el gran sacrificio que significó para mí, sobre todo en el orden personal, el ejercicio de ese difícil cargo en esa época, sí fue satisfactorio encontrar como balance, un balance no hecho por auditores de visera y mangas de lustrina, sino por el pueblo universitario, por la comunidad, muy expresivamente y en la forma más sencilla un balance plenamente aprobatorio. Esa fue probablemente la satisfacción mayor en mi actuación pública” (p. 141).

I

Durante varios meses, Javier Barros Sierra, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México de 1966 a 1970, sostuvo conversaciones con Gastón García Cantú,

¹ 1968. *Javier Barros Sierra: conversaciones con Gastón García Cantú*, Siglo XXI Editores, México, 1993.

² Juan Ramón de la Fuente, “Javier Barros Sierra” en *El Universal*, 27 de octubre de 2010.

colaborador suyo durante su rectorado. “Estas conversaciones —señala García Cantú— no tuvieron más propósito que recordar lo sucedido en la Universidad de 1966 a 1970, periodo rectoral de Barros Sierra. No es una memoria dialogada de labores sino repaso de los hechos significativos y testimonio reflexivo en el que predomina el hecho sobresaliente [...] lo ocurrido en 1968. Tampoco es un relato. No se omiten nombres. No se encomia ni se condena. Barros Sierra no fue, en ningún momento, juez de nadie” (p. 15).

En sus diálogos, Barros Sierra y Gastón García Cantú, entonces encargado de información de la Universidad, abordan diversos temas fundamentalmente relacionados con la Universidad, la ley orgánica, la reforma académica, las relaciones entre la Universidad y el Estado, así como las repercusiones dentro de la Universidad del movimiento estudiantil. También, y no podía ser de otra manera, el gran tema de la educación pública nacional.

Barros Sierra era poseedor de una mirada amplia, siempre bien acotada por su proverbial ironía y agudeza, que expresaba sus ideas con gran claridad y convicción:

debe señalarse que es muy difícil concebir que una institución educativa, así sea tan importante como la Universidad Nacional, se reforme a sí misma de una manera completa o total en tanto que el resto del sistema educativo, y desde luego las demás universidades del país, permanecieran en su actual condición [...] Cualquier reforma universitaria debe pensarse como un movimiento nacional [...] como parte de una reforma educativa general; reforma que, a su vez, tiene que ser parte de las metas sociales, económicas y políticas del país (p. 58).

En otra parte (p. 47) toca otro de los asuntos centrales:

sobreelevación de colegiaturas, becas o créditos para la educación son sintomáticos de una actitud que no se expresa, que no se confiesa y que, en el fondo, no es otra que la del abandono progresivo del Estado federal respecto de la educación superior. Al reducirse los recursos que a ello se destinan buscando fuentes de ingreso que no son las indicadas, o sea las del orden fiscal, lo que resulta —y esto no pueden ignorarlo los autores de estos proyectos— es precisamente que disminuya la participación del gobierno federal en el proceso educativo federal.

E insiste en el tema cuando más adelante afirma:

la reforma educativa es inconcebible como una cosa aislada, es decir, fuera del contexto de una reforma social amplia, profunda y total, porque la educación no es, como se ha pensado por muchos, un simple servicio público que en ciertos niveles es gratuito y en otros debe cobrarse. Es muy primitiva la concepción de estos *financistas* y

de algunos políticos [...] La educación debe entenderse en nuestros días, y ¡hay de aquel que no lo entienda así!, como un factor fundamental para el desarrollo económico y social (p. 52).

La vigencia de estos asertos no requiere de mayor énfasis. A la luz de la nada silenciosa tragedia que vive nuestra educación nacional, pública y privada, debería constituir, más bien, la piedra miliar de todo discurso en verdad reformador cuya tarea inicial tendría que ser una profunda revisión de lo muy alardeado y poco realizado, para arribar a una auténtica y urgente “reforma de la reforma”. “Todos creemos —agrega— tener ideas únicas y maravillosas respecto a una reforma educativa; creo que en esto nos faltan la humildad y la sencillez suficientes para replantear el problema sin prejuicios, y traduciéndolo a las verdaderas necesidades del país” (p. 51).

Toca también el espinoso tema, todavía hoy, relativo a la creciente demanda para ingresar a la Universidad, sobre el que opina:

hay que hacer notar que el examen de admisión había sido creado durante la administración anterior. Nosotros pudimos perfeccionarlo sobre todo en cuanto a un criterio estricto para no aceptar a alumnos cuyo índice de conocimientos fuera inferior a un límite fijado. Siempre ha habido una serie de argumentos contra el hecho de que la Universidad seleccione a sus alumnos; algunos son demagógicos [...] la Universidad no es sino una parte del sistema educativo nacional y no ve ninguna razón válida para afirmar que la institución deba recibir a cuanto joven toque a sus puertas, siendo los alumnos de muy diversas procedencias: muchos de ellos no han cabido en otras instituciones [...].

Si consideramos —añade— que nadie puede afirmar, ni en México, ni en el país más capitalista, ni en los países socialistas, que todo joven tenga aptitudes para seguir estudios universitarios, se tiene que llegar a esta conclusión: es conveniente y de justicia ofrecer a todos los jóvenes oportunidades varias para educarse, pero ello no significa que todos los que quieran deban entrar a la Universidad (pp. 61, 62).

Postura que, como es posible suponer, le valió una serie de críticas y ataques, ante las cuales ni recurrió a puertas falsas ni se amedrentó: “fuimos sobre todo a partir de 1968, absolutamente estrictos y podemos afirmar [...] que en 1968, 1969 y 1970 no ingresó absolutamente ningún alumno que no hubiera sido seleccionado mediante el examen de admisión. No valieron presiones, ni recomendaciones; no valieron influencias de ninguna especie. Claro, esto nos creó muchos problemas. Si se quería eliminar el problema político y las

incomodidades hubiera sido más fácil abrir la puerta trasera” (p. 62).

II

En mayo de 1966, en medio de una crisis compleja que llevó a la defenestración del doctor Chávez y su humillante expulsión, la Junta de Gobierno designó rector a Javier Barros Sierra. El contexto político-social de aquellos años no se caracterizaba por estabilidad alguna, a pesar de que la estabilidad era el timbre de orgullo de la mitología oficial de entonces. Había sustento económico y material para tal presunción, pero a la par de la expansión de la economía y del propio bienestar básico de muchos mexicanos, las relaciones políticas se volvían sombrías.

Tanto en 1966 como en 1967 habían sido ocupadas militarmente las universidades Nicolaíta (Michoacán) y la de Sonora; también estaban los movimientos de los médicos, y la masacre a los copreros en Acapulco (1967).

En su discurso de toma de posesión, el ingeniero Barros Sierra fijó temas centrales. Lo cito:

hay que afirmar que los problemas no son puramente internos sino que reflejan las inquietudes y desajustes de una nación [...] para entender nuestros conflictos y plantear sus soluciones, se requiere que prescindamos de fórmulas rutinarias y de cualquier dogmatismo cambiándolos por el análisis veraz y por una valiente autocrítica institucional [...] debemos sentirnos responsables de los errores y de los males que dañan a nuestra casa de estudios.

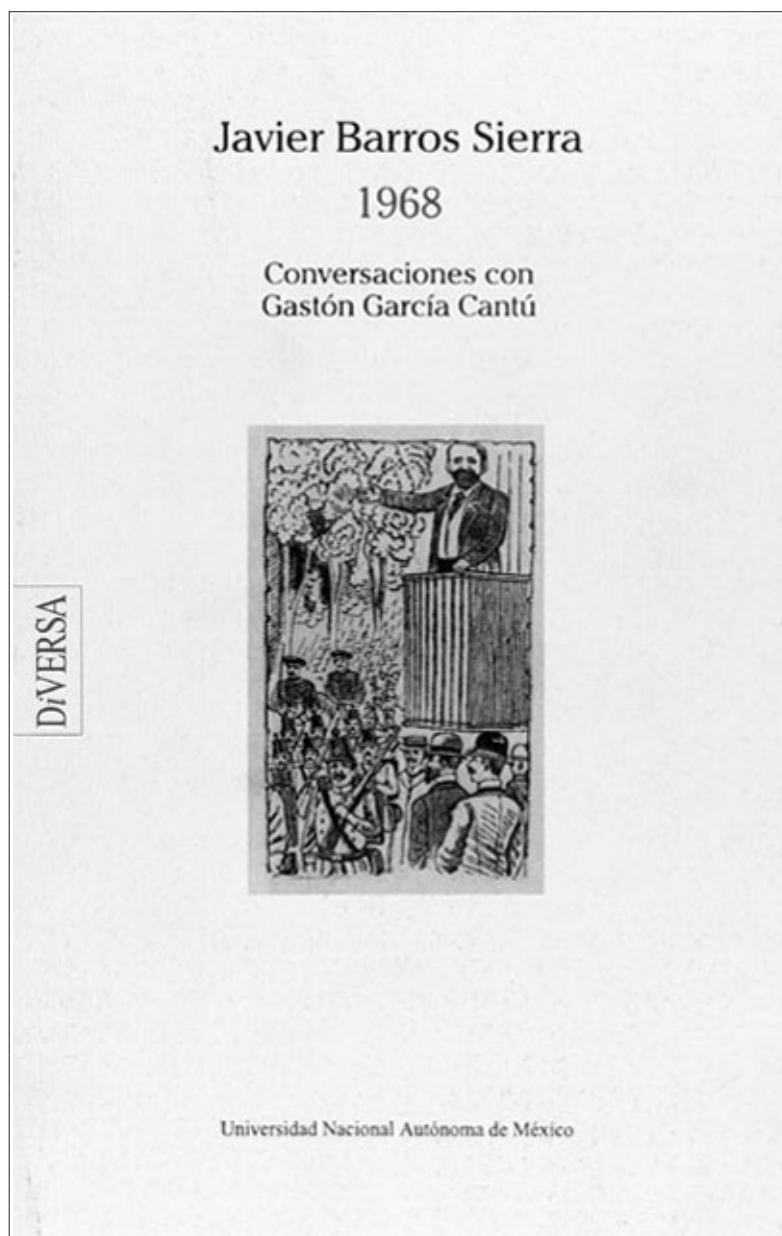
La Universidad no tiene por qué estar en pugna con un Estado respetuoso de la autonomía, el que los actos de gobierno puedan ser objeto del examen y de la crítica, como sucede con todas las ideas, las doctrinas y los hechos no ha de conducirnos a olvidar que nuestros objetivos son comunes a los del Estado, en cuanto al servicio al país [...]

Actualizar a la Universidad no por prurito de marcar sellos personales o forzar demandas irrazonables, sino para que cumpla la gran misión [...] contribuir a un desarrollo nacional basado en la democracia, en la justicia y en la independencia (pp. 165, 166).

Y va, entonces, al meollo de la cuestión al señalar uno de los problemas subyacentes a las, en ocasiones, tensas relaciones entre la Universidad y el Estado: “Mientras el Estado crea que la Universidad es un ente en cierto modo hostil, mientras se empeña en no comprender sus fines, sus objetivos y los móviles que animan a los universitarios; mientras el Estado no respeta [...] la autonomía universitaria [...] tal como se concibió en la ley [...] siempre habrá graves problemas” (p. 72).

III

En 1968, los hechos se sucedían vertiginosamente. El mundo entero se conmovía con el mayo francés y sus contagios a lo largo y ancho de Europa, como también ocurría con la revuelta estudiantil contra la guerra en Vietnam que en Estados Unidos de América había adquirido ya visos de confrontación nacional. Aquí, al ter-



minar julio, la paranoia acumulada en las altas esferas de mando del Estado, en particular en la presidencia de la República, llevaron al despliegue de una represión cuya violencia se dirigía particularmente contra los estudiantes y llevó a una flagrante violación de la autonomía universitaria en San Ildefonso y a la implantación, en los hechos, de un estado de emergencia en prácticamente toda la capital de la República.

Muy pronto, el rector Barros Sierra optó. Su posicionamiento al lado de los estudiantes y frente al Esta-

do fue claro el 30 de julio, un día después del bazucazo contra la Preparatoria 3. Tras un primer mitin en la Explanada de Rectoría iza la bandera nacional a media asta, llama a guardar un minuto de silencio y le da al movimiento de protesta que emergía una calidad cívica, de pundonor ciudadano, que pocos habían anticipado. En su breve pero contundente discurso, dijo:

Hoy es un día de luto para la Universidad; la Autonomía está amenazada gravemente. Quiero expresar que la institución, a través de sus autoridades, maestros y estudiantes, manifiesta profunda pena por lo acontecido.

La Autonomía no es una idea abstracta, es un ejercicio responsable, que debe ser respetable y respetado por todos [...] debemos saber dirigir nuestras protestas con inteligencia y energía. ¡Que las protestas tengan lugar en nuestra Casa de Estudios! No cedamos a provocaciones, vengan de fuera o de dentro [...]

La Universidad es lo primero, permanezcamos unidos para defender, dentro y fuera de nuestra casa, las libertades de pensamiento, de reunión, de expresión y la más cara: ¡nuestra Autonomía! ¡Viva la UNAM! ¡Viva la Autonomía Universitaria!³

³ Carlos Monsiváis, "Cuatro versiones de autonomía universitaria" en *Letras Libres*, noviembre de 2004, en <http://www.letraslibres.com/revista/convivio/cuatro-versiones-de-autonomia-universitaria?page=full>

Todo cambió a partir de entonces y México vivió con intensidad y angustia, así como con entusiasmo y júbilo, un gran ensayo general del reclamo democrático que marcaría la evolución de la sociedad y del Estado hasta el final del siglo xx.

En sus conversaciones con García Cantú, entre muchos acontecimientos y sobresaltos, aventuras y desventuras, Barros Sierra rememora la invasión de la Ciudad Universitaria el 18 de septiembre: "No puedo olvidar el impacto moral que me produjo el saber la noticia de la invasión en la noche de ese día —18 de septiembre de 1968—; después vienen a mi memoria las desagradables impresiones derivadas de la detención de numerosos profesores, estudiantes y hasta funcionarios [...] desde entonces yo intuía que la situación se aproximaba rápidamente a una encrucijada" (pp. 79, 81).

Tal encrucijada llegó el 2 de octubre, como llamada y llamarada para un México ensangrentado que se empeñaba en cambiar y caminar en paz hacia la democracia y el respeto a los derechos y libertades consagrados en la Constitución; los derechos humanos.

Luego, vuelve sobre la cuestión que reclamara sus deseos, pero también despertara muchos de sus anhelos:

No hay una comprensión de lo que es la educación superior ni tampoco un entendimiento de lo que es la planeación [...] Es muy fácil decir que la educación debe servir para el desarrollo, pero eso nos lleva a plantear ¿qué



Javier Barros Sierra rodeado de sus alumnos de la carrera de Ingeniería Civil, 1944

entendemos por desarrollo? [...] el desarrollo no puede ser, simplemente, el crecimiento económico aunque ese crecimiento se traduzca en un aumento en el ingreso por cabeza, ya que ese ingreso puede estar, como está en México, repartido con una enorme injusticia [...]

Desarrollo político, desarrollo social, desarrollo económico sí; mas lo primero que debe hacerse es definirlo [...] estamos tan en pañales como en la definición de la educación superior y sus objetivos (p. 132).

Hombre probo, funcionario público reconocido y universitario convencido, su gestión al frente de la Universidad se desarrolló en un momento de quiebre de nuestra historia política y social moderna. Su actitud y su verbo le dieron a este histórico punto de inflexión la naturaleza transformadora que suele acompañar a la buena política, la que se concibe como actividad creadora, en palabras de José Carlos Mariátegui.

Lo vivimos y lo recordamos, con emoción pero sin nostalgia. Aquel movimiento convocó espíritus y voluntades colectivas articulados por el ingenio y el valor de los jóvenes estudiantes de educación media superior y superior y sus profesores, pero siempre pudo conservar su aliento cívico y constitucionalista. Se trató de una movilización colectiva en la cual, por primera vez en un México moderno y cada vez más urbano, se dieron cita no sólo los jóvenes estudiantes sino varias generaciones de mexicanos, de profesionistas, comerciantes, amas de casa o empleados.

Fue precisamente al calor de la protesta y el movimiento estudiantil que esas capas empezaron a descubrir la calle como un espacio creativo, no sólo para las diferentes expresiones ideológicas o políticas, sino para las más variadas convergencias de grupos y personas identificados por el reclamo de libertad política, ante un sistema de poder que cada vez era menos capaz de prestar oído a las necesidades de expresión de una ciudadanía cuyo reclamo airado pronto se resumiría en la exigencia de libertades y derechos democráticos.

El 68, así, devino un gran foro polifónico y multicolor de expresión de una conciencia cívica que, si bien incipiente, reclamaba derechos cívicos, rechazaba al autoritarismo, la corrupción y la impunidad, aspectos que solían darse por inconmovibles en la vida pública mexicana. Estas exigencias tenían un indudable carácter político, pero pronto lo trascendieron para conformar un severo reclamo ético.

El país asistía a llamadas colectivas que la imaginación juvenil y la de los artistas que decidieron acompañarlos convirtieron en un auténtico festival de la libertad pero también el del nacimiento de una nueva forma de entender y vivir la política. De poco sirvió tanto ingenio y esperanza; las convocatorias fueron respondidas con jaculatorias y una retórica amenazante que sin más

devino coacción sin límite. Este autismo del poder devino en una nueva imagen del poder en México: un sistema autoritario fuera de control, sin capacidades políticas, ni disposición moral y mecanismos de persuasión capaces de encauzar los conflictos mediante una efectiva y creíble renovación institucional del régimen y su lenguaje. Por ello, también, la enorme autoridad y eficacia del verbo y la razón de Barros Sierra.

“Nunca hubo del lado del gobierno una correcta valoración del movimiento estudiantil, de su verdadera fuerza, de sus objetivos; de ahí que el propio gobierno haya contribuido a establecer la confusión a través de sus múltiples agentes y espías infiltrados dentro del movimiento estudiantil, en el cual, como se sabe, todos querían meter su mano” (p. 131).

El 23 de septiembre, el rector presenta su renuncia ante la Junta de Gobierno de la UNAM: “Los problemas de los jóvenes sólo pueden resolverse por la vía de la educación, jamás por la fuerza, la violencia o la corrupción”. Y añade: “estoy siendo objeto de una campaña de ataques personales, de calumnias, de injurias y difamación. Es bien cierto que hasta proceden de gentes menores, sin autoridad moral, pero en México todos sabemos a qué dictados obedecen. La conclusión inescapable es que quienes no entienden el conflicto ni han logrado solucionarlo, decidieron a toda costa señalar supuestos culpables de lo que pasa, y entre ellos me han escogido a mí”.⁴

El presidente contra el rector de la UNAM. La fuerza del Estado despojada de su legitimidad; el enfrentamiento es totalmente desproporcionado, a lo que coadyuva un complejo de inferioridad que busca ser cubierto por el mando.

Con su renuncia, Barros Sierra construye un entendimiento de los hechos radicalmente opuesto al que Díaz Ordaz busca encarnar y volver razón de Estado. La autoridad moral de Barros Sierra se acrecienta. Es como si en él se condensaran las esperanzas de un renacer cívico de la nación.

En 1970, ante varios jóvenes arquitectos, el ingeniero Barros Sierra expresó unas palabras que, en buena medida, sintetizan su confianza y defensa de los estudiantes, su independencia intelectual y su fortaleza ética ante las rabietas del poder: “no sólo lo había predicado, sino lo había vivido con mi conducta. Recuerdo que le di tanta importancia al respeto y al ejercicio del disenso, de la discrepancia que hube de exclamar ¡Viva la disidencia! [...] La ocasión era lo menos importante para decir ese último mensaje, totalmente improvisado por lo demás, a la comunidad universitaria” (p. 139).

⁴ Carlos Monsiváis, “El ejemplo al respecto”, crónica de 68-VIII en <http://www.mty.itesm.mx/dhcs/deptos/ri/ri-802/lecturas/nvas.lacs/1968-monsi/mc0292.htm>



El rector Barros Sierra en un mitin estudiantil en Ciudad Universitaria, 1968

IV

No quisiera dejar de mencionar otra de las pasiones del ingeniero Barrios Sierra, quien junto con otros notables profesionales de las ingenierías, tuvo el entusiasmo para servir a la nación. Eran mexicanos convencidos de que mediante la combinación de la ciencia y la técnica se podría reconfigurar al país, construirlo física y nacionalmente.

Esfuerzo que en las tres décadas que siguieron al gobierno del presidente Cárdenas tuvo lugar al llevarse a cabo un vasto esfuerzo nacional de creación y ampliación de la geografía humana, económica y social de México. Todo fue en esos años construcción, diseño, planeación de la infraestructura física y social, inspirada por una generosa invención de un futuro nacional que incluyera a todos.

Así lo refiere el rector:

Debe recordarse que cuando se inició la construcción de grandes obras, especialmente de comunicaciones y de riego, más o menos coincide con la creación, por el general Calles, de la Comisión Nacional de Irrigación y de la Comisión Nacional de Caminos, en 1925 [...] pero fue hasta el sexenio del general Cárdenas que se definió por parte del gobierno un gran apoyo en dos órdenes; primero, en cuanto al diseño o proyecto de las obras, confiándoles a los técnicos que se preparaban en nuestras escuelas de ingeniería, encomendándoles proyectos verdaderamente difíciles, como fue el de la presa de arco de la Angostura

[...] Por otro lado se fomentó y alentó la formación de compañías constructoras nacionales (p. 50).

Compromiso histórico de las ingenierías mexicanas que, hay que decirlo aquí y ahora, muchos quieren mantener a pesar del “castigo” infligido a la industria de la construcción y a la infraestructura física nacional por la necesidad neoliberal. Por eso, Javier Barros Sierra, Raúl Sandoval, Bernardo Quintana, Fernando Hiriart son referencias invaluable tanto para quienes hoy cultivan su profesión, como para quienes pretenden una construcción más democrática de la gran obra que es la nación mexicana.

V

Alguna vez en sus recuerdos y anécdotas sobre aquellos años del 68, Monsiváis escribió:

“Meses antes de su muerte, en la ciudad de Viena, mientras conversábamos sobre los efectos de su renuncia, un amigo le dijo: ‘Ingeniero, en donde estuvo la estatua de Miguel Alemán pronto veremos la suya’.

“Barros Sierra se rió y contestó: ‘Si he sabido que se trataba de un relevo de efigies jamás acepto la rectoría’”.⁵

⁵ Carlos Monsiváis, “El ejemplo al respecto”, <http://www.mty.itesm.mx/dhcs/deptos/ri/ri-802/lecturas/nvas.lacs/1968-monsi/mc0292.htm>